

# 1

## CRUCE DE FIERROS

Mi nombre es Isidro Ginés de Carrascoy, y pronto caerá en el olvido o será mancillado y maldito por el caprichoso devenir del tiempo, salvo para quienquiera que algún día lea estos pliegos.

Nací en la chica villa de Fuente Álamo, que, si bien no alcanza tiro de piedra, es grande como la copa de un pino. De aquel lugar me llevo mi juventud, la más feliz que se haya podido conocer, mi *mare* y los tres zagales que parió, Dios los tenga en su amparo.

De mi niñez poco llevo a recordar, y lo que aprendí como hombre lo heredé de mi *pare*. Él me enseñó a laborar la tierra, a arrancar de sus entrañas preciados frutos y a saber afrontar los problemas con la frente alta y los puños prietos. Y a no ambicionar mayor gloria que poseer ciertos terrenicos que saquen las cosechas año tras año.

Pero no es mi humilde historia la que en esta noche de julio empiezo a relatar aquí, sino la de mi muy estimado señor don Ricardo Sancho de Tiñoso. El día que lo conocí él apenas era un chicuelo que levantaba cinco pies del suelo. Del niño que él había sido los ocho o nueve años anteriores a ese día nadie conoce nada, y lo que ocurrió después me lo contó él mismo haciendo guardia una noche oscura como boca de lobo. Dios sabe que callé su secreto hasta que él me cedió su derecho de sacarlo a la luz.

Corría Ricardo como empujado por el lebeche de la tarde. Se avecinaba tormenta, creo recordar. El cielo se tiñó de lino, y las nubes cubrieron en unas pocas horas la techumbre de los mortales, amenazando con arrancar de cuajo las tejas viejas y abatirlas contra la calle. Un viento arremolinado se deslizaba por las calles de Galifa, haciendo temblar los muros enjalbegados y encerrando al vulgo en sus hogares.

Yo salía de la taberna del pueblo más ebrio que sereno, e intentaba dirigir mis pasos hasta la hostería del otro lado de la villa. Había ido a Galifa con un contrato para recoger olivas, pero con la lluvia que se estaba arraigando, opté por invertir parte de mis ingresos de la temporada anterior en buen vino tinto y alguna ramera con la que pasar la noche. Sin embargo, por supuesto, no llegué a conocer más calor que el del culo del vaso.

A pesar de mi embriaguez, reparé en el semblante del zagal. Era un mocico como cualquier otro, calé moreno de los que a veces se veían tejiendo cesticas de mimbre o tratando caballerías. Tenía los ojicos rojos y los dientes apretados, como si quisiera contener algún dolor oculto. Pero apenas pude preguntarle siquiera qué lo afligía, que casi me arrolló en su carrera.

Supe después que el niño volaba a casa de su yaya, a media legua de Galifa, en la ensenada de El Portús. Quería llorar, pero su *pare* le había enseñado que una persona sensata no lloraba, sino que se enfrentaba al dolor con valentía y arres-tos. Y, precisamente en aquel momento, los consejos de *pare* eran la única guía que tendría en adelante.

Llamó a la robusta puerta de la *mare* de su *pare*, y, sin esperar ni a que se abriera, rompió en llanto. Su abuela, temiendo lo peor, lo levantó por los sobacos y miró fijamente sus ojicos colorados.

—Dime, chacho. ¿Qué ha sido?

—Han matado al *pare*, *yaya*. En un cruce de fierros, oí decir al tío —dijo el pequeño, agobiado por las lágrimas.

—¿Y dónde está el tío, Ricardo?

—Ha ido a por la *gentuza* que lo ha matado. Son de fuera, *creo*.

—¡Jesús! ¡Más desgracias para esta familia no, Señor! ¡Te lo ruego! Si matan al José, ¿quién cuidará del *zagalico* cuando me vaya?

La *mare* del pequeño había muerto *parturienta*, o eso le había dicho *pare* a Ricardo. Si no era suficiente con las enfermedades y las pestes, las peleas acababan con la humildad de los pocos que habían tenido la suerte o el ingenio de guardar parte de los escasos logros. Eran tiempos difíciles aquellos. Y siguen siéndolo a día de hoy.

Aquella noche el joven Ricardo no pudo pegar ojo. El cielo tormentoso había desencadenado una lluvia feroz, y los herrajes de los postigos no cesaban de golpear los ventanales de la habitación. La rambla de El Portús apenas podía tragar el agua que llovía, y los cultivos de verdura a medio cosechar se anegaban sin remedio, lo que hacía que se perdieran los caminos y sus márgenes en un barrizal intransitable.

Sin embargo, la casona se mantendría en sus cimientos. Había soportado centenares de lluvias como aquella, la vieja lo sabía bien. Aguantaría una más. El recio edificio había servido de vivienda de la familia Sancho durante tres generaciones. Gustaban, como es costumbre en su gente, de vivir apartados de sociedades y multitudes, de las que siempre recelaban por hacer de ellos objeto de las más graves acusaciones y chanzas. El honor era un valor que cabía conservar, y ello ocupaba menor esfuerzo lejos de todo *busnó*. ¡Vaya si lo sabía aquella buena señora!

La anciana instaló a Ricardito en el antiguo dormitorio de su *pare*, para que dispusiera de mayor espacio y se sintiera mejor.

No obstante, el niño estaba intranquilo en aquel cuarto lúgubre y solitario, al que *pare* no solía permitirle entrar. El niño se cubrió con las sábanas y trató de conciliar un sueño que no acudió en toda la noche.

Amaneció un celaje plomizo y frío, aunque sin lluvia. Apenas salido el sol, su abuela abrió de par en par la puerta de la cámara, con lo que la estancia se inundó de una luz plateada que sacó a Ricardo de su ensueño. Inmóvil, observó que la mujer llevaba a su tío José asido por el hombro a rastras por la habitación.

—Nene, apártate de ahí, por favor —dijo la yaya, empujando al chacho fuera del camastro.

Ricardo saltó de la cama y se apartó para dejar espacio a su tío. No fue hasta que el hombre estuvo acostado en el lecho que vio la sangre que brotaba lenta como jarabe de la herida de su pecho. El tío José tenía la cara blanquísima, como esculpida en cera, y su frente estaba salpicada de rojo diluido por el sudor. Un hilillo de sangre líquida se escurría por la comisura de sus labios, mientras intentaba articular alguna palabra inteligible.

—Escapen de aquí, *mare*. Usted y el nene. Saben dónde estamos, y vendrán a por nosotros. Cojan lo que puedan y echen hacia el monte. Allí estarán seguros.

Un golpazo fuerte en la otra parte de la casa sobresaltó al zagal, quien aún no sabía del peligro en el que se encontraban allí. Su abuela, por edad conocedora del odio que puede albergar el alma humana, lo asió fuerte del brazo y lo atrajo hacia sí. Ricardito comenzó a llorar en silencio.

—Ya no hay tiempo, *mare* —dijo el tío José con el hilo de voz que se le escapaba con cada palabra—. Salgan por la otra puerta, vamos. Yo los entretendré un rato. ¡Váyanse ya!

Sacó de debajo de la capa una pistola de chispa, y se puso a cargarla con temple. Su *mare* estaba a punto ya de salir por

la puerta trasera cuando se detuvo a mirar al único hijo que le quedaba con vida, que iba a perderla en pocos segundos.

—¡Vamos, *mare*, váyanse!

Tres hombres irrumpieron en la habitación. El que llevaba la pistola era un tipo de rostro barbudo y flaco, semejante a una calavera, surcado por los estigmas de cien peleas. Ricardo, que iba detrás de su abuelica, pudo ver el rostro de aquel individuo, el cual ni siquiera había reparado en los fugitivos. Lo que no vio el niño fue el chasquido de la pistola de su tío ni el tumulto que siguió después, y que terminó con un golpe de culata.

Ricardo y la vieja recorrieron el sendero que se adentraba en la rocosa agresividad del monte. La mujer, que a su edad tenía la fuerza de cien mulos, sintió de repente el peso de los años. En otro tiempo el monte le daba calma y seguridad, pero ahora solo veía en él un lugar desolado y sin árboles, que tendría que atravesar durante media hora más hasta dar con un lugar donde apartarse de la vista de aquella gentuza. Conocía lo bastante bien los senderos como para llegar antes del mediodía a la otra parte de la cima, desde donde podría bajar por alguna rambla hasta Canteras. Allí pediría ayuda a alguien. No obstante, se le hundía el mundo solo con pensar en franquear horas de monte con un zagal de la mano en la madrugada.

El camino se cerraba en torno a sus piernas, abrupto como era en su recorrido de garriga y cornical hasta el Roldán. Poco avanzaron vieja y nieto en la hora que hacía desde que habían emprendido la subida cuando cierto griterío los alertó. La abuela, a sabiendas de lo que iba a acontecer y maldiciendo mil veces su achacosa edad, levantó a Ricardo por los hombros y clavó en él sus ojos negros como carbones.

—Escúchame, *acho*. Ahora vas a correr todo lo que puedas en esa dirección. No pares jamás, aunque ardan tus pier-

nas y tus dedos críen callos. Sigue hasta que alcances Cante-  
ras o alguien pueda ayudarte. No pares.

—Pero, abuelica, siga un poco más —insistió el pequeño,  
sollozando.

—No. Yo me quedo aquí. Y tú vas a correr, Ricardo.

El niño dudó, pero al final acabó obedeciendo. Abrazó a  
su yaya en un mar de lágrimas y emprendió el camino de su-  
bida, mientras la mujer aguardaba firme la llegada de los asal-  
tantes. No hubo de esperar mucho hasta que aquella gente  
la rodeó. ¡Menuda jaquetona debió de ser aquella anciana  
para conservar los ardiles en tan terrible situación! Eran solo  
tres, todos hombres. El más joven, un hombretón barbudo  
y despeinado de ojos grises, tomó el mando de la situación.

—No haga tonterías, mujer. Esto acaba aquí, y no hay  
nada más que hacer. Dígame dónde está el cabico tripa y  
todo habrá terminado.

La señora no perdió el tiempo, y desenredó con discre-  
ción un cuchillo chico de entre los pliegues de su falda, con  
el que jugueteó tras la espalda mientras respondía al hom-  
bre.

—Dios perdone su pecado, zagal.

Con un fugaz movimiento dirigió el filo de la hoja hacia  
el cuello del hombre. Este, por instinto o suerte, logró aga-  
charse. Pero no fue tan presto como para evitar que la navaja  
se clavara en su maxilar izquierdo y le rebanara la carne hasta  
el ojo opuesto. Unas gotas de sangre caliente se deslizaron  
por su rostro y reflejaron los albores de la nueva mañana.  
Chascó una pistola, y un destello más brillante que el ardor  
del alba acabó con la vida de aquella mujer.

A cuarto de legua de allí, un zagal huérfano oyó el disparo,  
pero no distinguió a los bandidos, del tamaño de tres peque-  
ños insectos. Su mente aturdida vacilaba en torno al cuerpo  
inerte de su tío en la cama, al chasquido de la pistola y al re-  
cuerdo de su *pare*. Sin embargo, Ricardo continuó, paso tras

paso, ascendiendo por aquel monte que se le antojaba el Calvario.

Se detuvo en un calvero donde la vegetación se recogía a ambos lados del camino, guiado por el recuerdo de haber estado antes en aquel lugar. Hacía casi un año de ello, cuando con su abuela y su tío José había ido hasta allí en una inocente búsqueda de setas y caracoles. Nunca había pasado del lugar, y el camino que se cerraba de nuevo a cinco varas le era tan desconocido como lo que hubiese al otro lado de la bahía azul. Mientras hubiese camino, pensó, no debía detenerse. Volvió a internarse en el mar de espinas, y siguió ascendiendo.

El sol llegaba a su culmen casi al mismo tiempo en el que Ricardo coronaba el cerro. La Muela se alzaba basta y azul al otro lado de la ensenada, cercenando el añil del cielo hacia el oeste, mientras que a levante se extendía una nueva sucesión de montes hasta la cima del Roldán, cuya montera auguraba la lluvia que estaba por caer. Solo había un camino, el que hacia el norte descendía por intrincadas ramblas hasta las afueras de Canteras. El sendero era tan abrupto allí que tuvo que medir bien sus pasos para no caer en aquel inhóspito lugar, solo sembrado de enebro y cardo de roca.

Sus pantalones se acuchillaron con la acritud espinosa del monte, a través de cuyos cortes asomaban heridas sanguinolentas. El niño no se quejó, pese al picor que ardía en sus piernas. No tenía fuerzas ni para llorar, pero le dieron de sí para llegar a las faldas pelonas del monte y salir a campo abierto. Se sentía sucio y magullado, como un andrajo embarrado. Las lágrimas se le secaron y no aparecieron más, mientras deambulaba por las proximidades del cerro.

No tardó mucho en encontrarse frente a un molino harinero, y entró sin dudar en la corraliza porquera, donde se lanzó directamente al abrevadero. Los gorrinos chillaron disconformes mientras el zagalico se hinchaba de agua hasta el

punto casi de reventar, con la mala pata de alertar al malhumorado molinero, quien salió al corral con una garrota que doblaba el tamaño de Ricardito. Resulta que el chacho se había dejado la puertezuela abierta, y la mitad de los cochinos habían escapado y corrían monte arriba. Recibió tantos palos y tan fuertes que olvidó el cansancio del monte y huyó a la carrera de allí.

Ricardo merodeó luego por las afueras de Canteras en busca de algo para comer. Como no había nadie a quien pedir ayuda, se metió en un par de huertas y sacó algunas nueces y varios albercoques con los que llenarse las tripas. Después emprendió la carretera hacia Cartagena algo más esperanzado, pero al borde del desfallecimiento.

Caminó durante casi una legua, y cuando el sol se abatió, divisó en el horizonte las murallas de la ciudad. Logró entremezclarse con la multitud que entraba en Cartagena por las puertas de Madrid, justo detrás de una carreta tirada por dos bueyes. El guardia lo miró receloso, pero le permitió pasar. Tal vez lo creyera el hijo del carretero, quien regresaba a casa tras la jornada.

El niño recorrió la amplia calle del Carmen, que desembocaba en la mal llamada Puerta de Murcia, y siguió hasta la plaza de San Sebastián, donde al fin pudo saciar su sed en una fuente. Sin saber muy bien adónde ir, continuó hasta que topó de lleno con las puertas del Muelle. No se preocupó tanto de cruzarlas como por el grupo que entró en la ciudad tirando de un carromato atestado con media decena de cuerpos envueltos en mortajas. Los acompañaba un clérigo que caminaba detrás con el paso apretado mientras vertía agua bendita sobre el carro, aspersionario en mano. Espantado, Ricardo salió al muelle.

El puerto de la Cartagena de 1782 se enclaustraba, como hace hoy, entre el monte de Galeras y el de San Julián. Estos dos promontorios, como gigantes custodios, proveían de



protección y defensa al remanso que era la bahía, resguardada por una muralla que presentaba fachada al mar. Los montes pedregosos se desmembraban en infinidad de estribaciones que morían en pequeñas calas o rocosas escolleras.

Encerraba en su orografía occidental un recogimiento donde se había edificado, durante el reinado del Animoso, un arsenal destinado a la construcción y guarnicionamiento de las naves, así como a servir de sede al Departamento de Marina del Mediterráneo.

Resulta que entre la punta de flecha que era el muelle y el murete de acceso al Arsenal había cierto recodo de playa llamado entonces El Arenal. En aquel lugar los pescadores solían varar sus barcas y los calafates daban pez a los cascos. La arena allí se entremezclaba con la rocalla y los desechos que abocaba el mar, untados permanentemente con la negra brea.

Entre barcas y aparejos había una antigua balandra que en su tiempo sirvió como pontón vigía a la entrada del Arsenal pero que por su aspecto había permanecido tanto tiempo parada que se veía tan entrada en años como en brechas. Esa balandra dormitaba en la arena con la proa hundida en la marea alta. Su estructura silenciosa le recordó a Ricardo al cadáver de una ballena varada cuyo cuerpo comienza a descomponerse bajo su propio peso y el embate del mar.

Ricardo penetró a través de una abertura entre las tracas, y recorrió las estrechas estancias a la luz de la luna que se filtraba entre la tablazón de cubierta. El último camarote, situado en la parte más estanca del barco, parecía que había estado habitado desde hacía un tiempo, ya que el suelo estaba cubierto por varios cojines hechos con amasijos de telica rellenos con paja y borra. Exhausto por el sueño y el cansancio, se dejó caer sobre dos de ellos.

La vieja estructura salvaba de la acometida del viento, pero todo indicaba que no duraría mucho antes de desmoronarse. Perdiendo cuidado, Ricardo se agazapó sobre el raído cojín y trató de conciliar un sueño velado por todo lo sucedido. Los ojos hundidos de una vieja calavera le roían la mente, y se grababan a fuego en lo más profundo de su memoria.

Hacia medianoche cayó dormido, pero poco duró su calma cuando una hora después lo despertaron unos pasos ligeros en cubierta. Al borde del pánico, el niño se acordó de pronto de aquellos que habían matado a su familia. No tuvo tiempo de esconderse, cuando una docena de niños entró en tropel en la estancia.

—¡Pero mira lo que ha traído la marea! —gruñó una zagalica de doce o trece años. Era alta, morena, y miraba a Ricardito con unos ojos tan inteligentes como feroces.

Otro zagal se acercó al *acho* y le arrancó la manta de las manos. El chiquillo debía de tener un par de años menos que Ricardo, pero el doble de fuerza. Su cabello, enmarañado y revuelto, tenía el color de las zanahorias.

—¡Pero si solo es un crío! ¿Quién le habrá dado permiso para meter su culo en tu almohada, Genista?

La niña asió con fuerza a Ricardo por el codo y lo apartó a un lado. Tan fuerte era. Los otros niños lo rodearon y comenzaron a increparlo.

—¡Solo trataba de descansar un poco! —dijo el chacho, a punto de romper a llorar.

—Vaya, ahora resulta que quería descansar. ¡¿Que no tienes casa, agüil pelotero?! —le gritó el pelirrojo a la cara.

—Déjalo ya, Enrique —dijo Genista tranquilamente antes de encararse a Ricardo—. Saca tu culo fuera de nuestra casa, malandrín. Si no, te las verás con todos nosotros. Avisado quedas desde este momento.

Ricardo vio a los zagales que lo rodeaban, y no pudo hacer otra cosa que darse el queo de allí. Su constitución me-

nuda nada podía hacer contra una docena de niños. Algunos llevaban palos, y un par había salido a la playa para recoger pedruscos.

Escapó de la balandra y de El Arenal, y una vez en el muelle, se echó sobre un montón de redes de pesca bajo la luz de la luna. Tenía mucho en que pensar, pero poco que pudiese hacer, así que pronto cayó en un sueño intranquilo hasta que la luna fue vencida por el sol.

Con las primeras luces del alba, los pescadores y marineros empezaron a trajinar alrededor del niño. No tardaron mucho en reparar en él para echarlo de encima de los aparejos. No obstante, necesitaba echar algo a la panza, pues los albercoques eran ya un recuerdo lejano.

Llegó al muelle una barcaza marrajera. El trabajo de los pescadores que tocaban puerto tras varios días en el mar animó a Ricardo a acercarse a ellos en busca de auxilio. Todos, en cambio, parecían estar tan ocupados en apilar cajas de aladroques que no repararon en el pequeño zagal que deambulaba entre los cajones.

Con un acceso de valor, la mano chica de Ricardo se deslizó por encima de la última caja y cogió tres o cuatro pescadicos, tras lo cual desapareció entre los montones de redes. Una voz áspera le desbarató al chico los planes y el almuerzo.

—¡Eh! ¿Qué es eso de robar, chacho? —le gritó un joven y rollizo pescador—. Esos pescados tienen su dueño, y, a menos que te los ganes, no puedes robarlos sin más.

El primer instinto de Ricardo fue echar a correr con los aladroques. Pero, por alguna razón, permaneció allí, tratando de articular una disculpa. El pescador, compasivo, mudó su ánimo a otro más afable.

—Algo podremos hacer, ¿no? Tráeme esos cabos, chico.

Ricardo miró en la dirección que el pescador señalaba. Corrió hacia las amarras enrolladas sobre el pavimento y las llevó como mejor pudo al hombre. Este, satisfecho, hizo un

gesto a un anciano que en aquel instante descendía de la barcaza y continuó afianzando un pequeño bote con las sogas. El viejo dejó las cajas de pescado y llenó la atención del niño.

—Ven —dijo el anciano—. No te había visto antes por aquí. Estás muy raquítico. ¿Eres de fuera? ¿Cómo te llamas?

El niño no dijo una palabra mientras el viejo pescador lo observaba de arriba abajo. Su frente cejuda eclipsaba unos ojos amarillentos que causaron espanto en el niño.

—¿Eres calé? —preguntó el anciano con recelo, a lo que Ricardo respondió asintiendo—. Está bien, chacho. Toma estos aladrosques y cómelos despacio o te harán daño en las tripas. Supongo que no te importará comerlos así, pero ve con cuidado.

El muchacho cogió los aladrosques y se fue hasta el borde del muelle. No tardó mucho en devorar con fruición los pequeños pescados salazoneros. Mientras tanto, desde la playa de El Arenal se acercaron corriendo unos zagales armados con palos y cañas. Resultaron ser los mismos que lo habían echado de la balandra la noche anterior, pero Ricardo no lo supo hasta que le cayeron encima.

—Tú no aprendes, ¿verdad? —dijo uno de los chiquillos, mientras lo amenazaba con una caña—. Nos robas el hogar y ahora el trabajo. ¡Vomita lo que has comido!

—¡Déjame en paz! —respondió Ricardo, harto ya de huir.

Se aproximó Genista, y con una fuerza nada acostumbrada para su edad, lo apaleó con una vara de almendro, tras lo cual introdujo los dedos en la boca de Ricardo. El niño trató de mordérselos, pero las arcadas llegaron antes. En un momento, todo lo que había comido se derramó entre los dedos de la zagala.

—¡Maldito gitano! ¡Me ha vomitado en la mano, el muy bastardo!

Lanzó tal ataque de palos que Ricardo cayó al suelo inconsciente. El pequeño no pudo ver cómo el joven pescador

acudía y golpeaba con la mano plana a los niños, que huyeron a la carrera por la playa. Cuando Ricardo despertó estaba siendo arrastrado por las calles hasta una pequeña posada. Allí, el hombre acostó al niño en un jergón y se dispuso a hervir unas patatas y pescado de roca. Al aroma del perol, Ricardo despertó.

—¿Por qué narices te metes con los icues, zagal? —quiso saber el pescador—. Casi te muelen a palos.

—No me he metido con ellos. Se me abalanzaron y me hicieron vomitar los pescados.

—Chacho, tú te lo ganaste —prosiguió el rollizo personaje—. Pero esos mocicos solo comen lo que encuentran por ahí. Y no encuentran mucho. Si lo hubiese sabido, no te habría dado los aladroques. Creía que ibas con ellos. Ahora cómete esto y descansa, chico.

—Me llamo Ricardo.

—Y yo, David. A propósito, ¿dónde están tus *pares*?

—Muertos. Solo quería dormir, cuando vinieron esos chicos y me apalearon. Creo que era su casa o algo así.

—¿Te apalearon? —El pescador lo miró extrañado—. ¿En el barco destartado ese donde viven? Ve con cuidado con esos zagales, Ricardo. Sobre todo con Genista. Ella te mataría por lo que es suyo. No lo olvides.

Ricardo dejó vacía la escudilla de guiso, y esa vez todo permaneció dentro, donde debía estar. Pudo por fin dormir sin sobresalto toda la noche.

Al día siguiente despertó temprano y escapó del lugar. Caminó sin rumbo por la ciudad, y pasó la tarde sentado en un repecho del castillo de la Concepción, desde donde se veía el trajín que sucedía en el puerto. Los zagales iban y venían por la plaza, ocupados yendo de un pescador a otro, trayendo y amarrando cabos o empujando barcas al agua. En agradecimiento recibían toda clase de víveres, desde crespillos rancios a buenas raciones de carabineras.

Genista también iba con ellos, pero no corría. Ella nunca corría. Pero no por ello dejaba de recibir su ración de pescado y galleta de parte de los icues. Ricardo pensó que algo extraño ocultaba aquella niña. Algo tan profundo como el mar había barrido sus sentimientos y la había echado al mundo con aquel aire de gravedad que la protegía.

Llegó la noche, y con ella la oscuridad. Ricardo se levantó de las rocas y dirigió sus pasos al lugar donde los chiquillos habían estado friendo un puñado de aladroques unas horas antes. Con buena fortuna dio con tres raspas a medio comer y un chusco de pan. Estaban fríos y la ascua ya estaba apagada, pero sería suficiente para esa noche.

Pronto reparó en una luz que vibraba en la oscuridad hacia poniente, en el puerto. Supuso que los chiquillos habían encendido un fuego dentro de la balandra para protegerse de la fría brisa marina. El sitio les daba la seguridad que necesitaban y los cobijaba del viento de mar, cobijo que él no tenía y se desesperaba por encontrar.

Lo rumió un par de veces, y a la tercera se encaminó hacia el lugar. Si tenían que molerlo a palos otra vez, se dijo, valdría la pena con tal de conseguir un sitio donde pasar la noche. No podía dormir otra noche al raso. Dudó una última vez y atravesó el umbral del casco.

Dentro todo estaba oscuro, así que solo pudo guiarse por la luz de la hoguera que se filtraba a través de las grietas de los mamparos. De pronto, el interior de la balandra retumbó con el estallido de una pistola. Ricardo, con el corazón en un puño, reunió el ánimo para ir a esconderse tras un puntal. Los zagales gritaban encolerizados, pero lo que le heló la sangre fueron dos voces adultas que se superponían a las infantiles en un grito desentonado.

—¡No era él, maldita sea! —gritó un tipo, de aquellos cuya voz se agría con el vino—. Ese crío desgraciado no era él. ¡Pues ahí se pudra!

Se oyó un segundo disparo y luego un golpe seco contra el suelo. Fue suficiente para que el resto de niños se dispersaran como una bandada de pájaros. Muchos pasaron apenas a un paso de Ricardo, pero ninguno lo vio, disuelto entre las sombras como estaba. El silencio inundó el lugar, roto solo por los llantos de una niña.

—¿Tú no te vas, jovencica? —preguntó la voz agria de antes—. ¡Mírate! ¡Pero si ya eres toda una mujer!

—Aquí no, Víctor. Llévatela si quieres, pero no en este lugar —dijo la otra voz, con insistencia—. Sabes que tenemos que hacernos con el *acho* de Julián y no hay tiempo. En cuanto esos críos avisen a alguien lo perderemos.

—¿Y a quién van a avisar estos? —rió el más viejo—. ¿A sus *pares*?

Ricardo reconoció una de las voces. Solo hacía dos noches que había dejado de oírla. Perteneecía al hombre del rostro de calavera barbuda. Escuchó atento hasta que los dos hombres se acercaron donde él estaba. A la luz de la luna pudo ver cómo arrastraban a Genista del pelo por el suelo de la balandra. Al contrario de lo que pudiera haber creído Ricardo, la niña no mostraba ningún tipo de resistencia. Su orgullo se había roto como un plato de loza, y las lágrimas inundaban sus ojos.

El muchacho estaba a punto de salir en pos de los captores cuando oyó un gemido en el lugar donde estos habían disparado. Se aproximó y vio a la luz de la lumbre la silueta de uno de los niños, que se afanaba trabajosamente por respirar a través de la saliva sanguinolenta. El *acho* miró a Ricardo y alzó una mano para pedirle ayuda. Cerró los ojicos por última vez. No era muy diferente a él mismo.

Los criminales eran los hombres que mataron a su tío y a su yaya. Dos de ellos, al menos. Cómo habían hecho para seguirlo hasta allí era algo que no llegaba a comprender, pero sintió la necesidad de saber más, de averiguar quién era aque-

lla gente y cómo podía esconderse de ellos. Salió corriendo de la balandra en ruinas y echó a andar en la dirección que habían tomado los captores.

No tardó en darles alcance, cerca del puente frente a las puertas de Madrid, en el camino que se dirigía al norte por el extremo occidental del Almarjal. Las puertas estaban abiertas de par en par, y antes de que Ricardo se preguntara cómo habrían pasado los hombres con una joven maniatada, vio los cuerpos de los dos soldados de guardia con sendas heridas de navaja en el cuello, tendidos frente a la puerta.

En mitad de la oscuridad y con una luna tan muerta por las nubes no podía distinguir los rostros de aquellos hombres, pero vio cómo montaban el bocado a dos caballos y salían al trote en la tiniebla. Genista, a quien probablemente habían amordazado, no hacía ningún tipo de movimiento.

Ricardo miró en derredor en busca de algún animal que lo pudiera llevar, pero era tarde, y las bestias estaban todas encerradas en las caballerizas. Lo único que pudo hacer fue echar a andar por el camino. No hubo recorrido ni cien pasos cuando oyó un traqueteo herrado a su espalda, seguido del griterío de una caterva de zagales. Cuando el carro pasó junto a él, le gritaron para que se apartase. Fue lo que Ricardo necesitaba para enfrentarse a ellos.

—Sé adónde van los tipos esos. Irán por la carretera de Canteras hasta Galifa —dijo el niño, aparentando el valor que le fallaba.

—¿Qué vas tú a saber? —dijo el zagal de más edad—. Apártate, escoria calé, o te arrollaremos.

—Conozco a esos —respondió Ricardo—. Si sabéis dónde están, seguid adelante. Si no, os perderéis por cualquier campo. El trayecto está plagado de ciecas. Hacedos cargo.

El carro era una silueta oscura, de forma que Ricardo solo podía apreciar la forma de las cabezas de los golfillos. El pelirrojo habló al fin.



—Venga, sube y dinos hacia dónde llevaron a Genista.

Había transcurrido media hora de marcha cuando la mula comenzó a corcovear. No era aquel un pavimento llano, y los socavones que inundaban la carretera obligaban al animal a redoblar sus fuerzas para superar los ratos en los que las ruedas se encajaban en los hoyos.

Los niños detuvieron el carro junto a un cartel que rezaba «*Canteras*» escrito en negro. El animal no podía más, así que lo dejaron descansar mientras continuaban a pie. A partir de allí el camino se bifurcaba continuamente. Las huellas de herradura se perdían por los recodos arenosos, pero Ricardo parecía acordarse del camino. Al fondo de una curva finalmente se escucharon unas voces que retumbaban con ecos extraños.

El caminico serpenteaba entre las paredes de una antigua cantera. La luna había asomado por fin entre las nubes, y el vuelo de los reluzánganos acompañó a los zagales mientras andaban por el estrecho cañón. Siguieron caminando por uno de los pasos, cuyos bloques de tabaire poblaban el fondo como dientes a la luz de la luna. Repentinamente, oyeron el alarido de un hombre y distinguieron una figura que se dirigía corriendo hacia ellos. Todos se escondieron tras la rocalla de los alrededores, justo en el momento en que la sombra se tambaleó con algo afilado en la mano.

Ricardo apenas identificó nada. La figura gemía como ahogada por alguna mano oculta. Cuando los niños la reconocieron, Genista lanzó varios navajazos al aire, retándolos a tocarla. Uno de los icues trató de tranquilizarla, sin conseguirlo. Le arrebató el arma de un manotazo y logró levantar a la niña para llevarla al carro a la fuerza.

Estaban en un sitio peligroso, y aún no sabían qué había sido de los captores. Al sujetar a Genista por el hombro, el niño sintió que algo caliente y espeso corría por la espalda de la muchacha, y tardó un momento en comprender que Genista estaba cubierta de sangre.

—¿Estás herida? —preguntó el *acho*, tan asustado como lo estaban todos. Genista no respondió. Había empezado a temblar, y al niño se le hacía difícil sujetarla contra el hombro.

Un poco después, un tipo viejo con el pelo surcado de canas apareció de detrás de la rocalla con un largo cuchillo en la mano. La camisa que cubría su amplio vientre se había teñido del rojo que brotaba de una profunda herida. El viejo arremetió, empujó a Ricardo, que fue al suelo, y golpeó con una roca la cabeza del pelirrojo, que cayó muerto al instante. De pronto clavó su afilada mirada en Ricardo, que pugnaba por levantarse, y articuló una mueca de triunfo.

—Así que eres tú, ¿eh, pequeño bastardo? —dijo el anciano asesino con agriada voz.

Se echó sobre Ricardo, pero antes de que pudiese hacerle daño, Genista surgió de entre las sombras y se arrojó contra el viejo. Furiosa como estaba, le había arrancado la navaja a Cristóbal y se había ido directamente a por el hombre. La tajadura que le rebanó el cuello fue rápida y definitiva.

—¿Quién es la niña ahora? —fue todo lo que dijo.

En menos de un cuarto de hora recogieron el cuerpo de Enrique y lo subieron como pudieron al carro. Regresaron a Cartagena y fueron a buscar el cuerpo del niño asesinado en la balandra. Levantaron los cuerpos con un par de tablas y los llevaron en la oscuridad de la noche hasta un promontorio cerca de la colina del castillo. Hasta casi la madrugada estuvieron los zagales cavando dos pequeñas zanjas paralelas en el pedregoso terreno.

Ricardo contuvo un escalofrío al contemplar aquel lugar, lejos del amparo de Dios y sembrado con las cruces de la muerte. Bajaron con cuidado los cuerpos de los niños y rellenaron el socavón con tierra y grava. Con un par de maderos arrancados de la balandra que les servía de hogar construyeron

ron dos cruces que colocaron a la cabecera de las tumbas. Fue Genista la que, sin mediar palabra, escribió con pintura negra «*Fernandito y Enrique VIII. Icnés*». De todos ellos, era la única que sabía escribir.

## 2

### PAN, PIJO Y HABAS

Ricardo y los icues no habían dormido ni un par de horas cuando sonó el avemaría en la capilla de La Guía. Ninguno había querido acostarse en el lugar donde había perdido la vida el niño al que llamaban Fernandito, así que yacían hacinados en el estrecho corredor de la balandra. Los zagales se revolviéron una vez más bajo las mantas que compartían y se fueron desperezando de uno en uno.

La mañana agrisaba, pero como era día de mercado se vistieron con los habituales harapos y salieron a la playa de El Arenal. Cristóbal y Genista ya estaban allí, asando unos cuantos aladrosques sobre unas brasas. Ricardo estaba hartándose ya de aquella morralla, pero tomó del zagal un chusco de pan y lo pasó con un trago de agua.

—Hoy iremos a la plaza de las Verduras, chico —le dijo Cristóbal—. Necesitamos algo de carne y hortalizas, y si podemos hacernos con alguna hogaza de pan, tanto mejor. Ese que estás comiendo es el último chusco que nos queda.

Cristóbal era el mayor de los icues. Era un mozuelo rechoncho y rubio, con manos curtidas como el cuero y muslos redondos y fuertes. Según le contó Genista meses después, el chiquillo era el hijo de un viejo carretero valenciano y una franciscana sin dote, de aquellas de San Jorge. «*Fue a vender capachos y se llevó los cueros*», le dijo la niña. La mujer, humillada, no pudo sino dejar a la criatura en un cesto a la puerta del capellán de El Molinete.

El párroco crio al retoño con la esperanza de que lo ayudase algún día con las labores, y le puso el nombre del santo patrón de la capilla, San Cristóbal. Pero el zagalico, en cuanto comenzó a andar, descubrió que no estaba hecho para los derroteros que le deparaba el párroco. Era pícaro y travieso, aunque no llegaba a taimado, y siempre estaba dispuesto a sacar de quicio al viejo capellán. Para cuando cumplió los siete años, el chiquillo ya se había escapado de El Molinete un par de veces. El párroco, que ya era veterano para aquello, le dio una última oportunidad para encauzarse. Fue como garbillar agua. La tercera vez que el niño huyó de la capilla ni siquiera se preocupó de ir a buscarlo. El chacho estuvo rondando durante semanas a base de pedigüeñerías, hasta que conoció a los icues del puerto de Cartagena.

Creo que no hemos hablado mucho de los icues. Pero, la verdad, tampoco hay mucho más que contar de lo que podamos intuir a la sazón de nuestra historia. Aquel año de 1782 en que Ricardo llegó a Cartagena, no menos de quince icues malvivían en la playa de El Arenal. Tal vez hubiese más, escondidos en la playa de El Batel o en el barrio de Santa Lucía, pero yo nunca los vi. Años atrás, en cambio, se contaban por decenas. Ocupaban las barriadas y los cerros de la Concepción y El Molinete, revoloteando por los montes como gorriones hambrientos. Había icues que vivían en cabañas cerca del Almarjal, otros que correteaban por San Antón y Santa Lucía. Hubo un grupo que se hacían llamar «gaviotas», y que se dedicaban a increpar a los soldados del castillo de Galeras. Vivían en las chozas de la Algameca Chica, y pasaban las mañanas rondando los campos y las tardes fumando sobre las rocas de la cala. Otro grupo de icues, mucho más pendencieros, vivía cerca de Escombreras, y solía asaltar de vez en cuando a los carreteros que tomaban el camino de la rambla de San José. Puede que no conozcan ustedes de miseria, y aplaudo con alegría su suerte. Pero yo,

que ya peino canas, he conocido historias de desdicha que helarían a uno la sangre.

En una ciudad como Cartagena, era habitual que las gentes del mar atrajesen catervas de mozas con falsas promesas de abyectos soldados o marineros con hambre de carne. Con su semilla en los vientres, era en lo más frío del invierno cuando se daban cuenta de la farsa. Culposas y mancilladas, no era extraño que las que llegaban vivas al parto acabaran por abandonar a las criaturas en cualquier descampado, con la esperanza de que el frío pudiese terminar lo que ellas no podían.

Con el tiempo, alguien ideó un mecanismo tan terrible como efectivo: el torno. En las casas de expósitos existía un pequeño hueco en el muro de la fachada, destinado a que los padres pudiesen abandonar allí a sus vástagos sin ser vistos. Hacían sonar una campanilla, y la monja o madre de merced que hacía guardia accionaba el mecanismo para recoger al rorro y arroparlo. Durante las siguientes semanas buscaría un ama de crianza o lo alimentaría con bebedizos de leche animal hasta su destete.

Uno pensará que con este ingenio se evitaba la elevada mortalidad infantil, que tan a gusto se cebaba en la vieja Cartagena. Pero lo cierto era que más de la mitad de los niños moría antes siquiera de alcanzar los tornos, o en las semanas posteriores a su recogida. Quizá gran parte de esas muertes se debiese al descuido o la negligencia de las casas de expósitos, o tal vez a la falta de abrigo de las criaturas. Dirán que no aceptaron a la nodriza, tan desnutrida como los pequeños, y otras veces que no toleraron la leche de oveja o cabra que se les daba. No obstante, la peor maldición que azotaba a la infancia era la enfermedad.

La mayoría de los niños moría de viruela, que comenzaba como una fiebre encendida y terminaba matando a las criaturas cubriéndolas de llagas supurantes. También el vómito

negro o fiebre amarilla empezaba con una calentura, acompañada de migraña y escalofríos. Tras tres largos días, los niños escupían sangre, que muchas veces se tornaba negra como la pez. Si sobrevivían a estas enfermedades, siempre podría acabar con ellos el garrotillo, la plaga blanca o las calenturas. Los niños morían en las cunas o en las calles, y parecía que a nadie le importase.

Sin embargo, las inclusiones estaban atestadas. Cada vez había más zagales rondando por las calles, pidiendo pan en las plazas y muriendo en los campos. Los tornos no aceptaban más rorros, y los mayores de seis años se veían rechazados en las casas de misericordia. Las autoridades del cabildo trataron por todos los medios de evitar la presencia de los «niños de la calle», pero cada año más y más icues seguían invadiendo el puerto de Cartagena.

En la época en que Cristóbal apareció por el puerto todavía no habían desguazado la balandra, y esta seguía usándose de pontón vigía. La veintena de icues dormía entonces en unas maltrechas cabañas construidas con los restos de los pataches que quedaban varados en la playa. Fue aquella una época de frío y miseria, y el zagal no solía hablar a menudo de ella.

Los icues solían marcharse de la ciudad antes de cumplir los quince años. A menudo se los veía trabajando las huertas, o embarcaban en pesqueros de cabotaje. Algunos incluso llegaban a tener mulo o borrico propio y se malvendían como carreteros. Los que menos suerte tenían tomaban los votos o se ofrecían como oblatos en las parroquias vecinas.

Al año de estar Cristóbal entre los icues se les vino a unir una zagalica a la que llamaron Palma, y que había nacido como Blanca cinco años atrás. Su *mare* había sido Eugenia, una joven sirvienta que atendía en la casa de unos señores de rancio abolengo. Cuando el señorito se encaprichó con la joven Eugenia, la llevó a los establos para depredar su honor.

La joven ocultó como pudo su estado hasta que nació Blanca. Cuando el señorito se enteró, le propinó tal paliza a Eugenia que la dejó una semana en la cama. Todavía no se había recuperado del todo cuando *mare* e hija fueron expulsadas de la casa de los señores. La historia empeoró cuando años después la fortuna quiso que Eugenia enfermase de viruela. Aterrada y perdida, regresó a la casa para pedir ayuda al señorito. Pero aquel perro arrancó a la pequeña Blanca de sus brazos y cargó con ella hasta el puerto una noche para lanzarla al mar.

El niño Cristóbal por aquel entonces tenía unos ocho años, pero se arrojó al agua en cuanto vio la escena. Cruzó a nado la playa hasta el lugar donde habían arrojado a la criatura. Tardó unos minutos en encontrar su cabello entre las olas, y logró mantenerla a flote gracias a una rama de palmera, de las muchas que arrinconaban las mareas. La niña vivió.

Buscaron luego a su *mare*, pero fue demasiado tarde. Tras varios días de fiebre terrible había muerto en silencio. La suerte a menudo cobra su deuda, y los icues luego se enteraron de que el padre de Palma, que así llamaron a la niña, enfermó de tercianas. Con la fiebre ardiéndole en el pecho y un dolor que le punzaba el cráneo, cayó una tarde del carro en el que iba, y se abrió la cabeza contra el pavimento.

A finales del año 1778 llegó a la balandra Eulalia, una niña valenciana con la piel del color de las olivas maduras. A la niña pronto la llamaron «Ratolina», por su forma de corretear entre los pescadores del puerto. Los niños nunca le preguntaron por su historia, pero supusieron que el tono de su piel habría ofendido a algún mal *pare*. Le dieron una escudella de michirones remojados en aguachirle con pimentón, y desde entonces permaneció con ellos.

El año siguiente acudió Fernandito, el niño al que mataron. El chaval había sido el tercer hijo de una meretriz de Lorca. Las autoridades de la villa conocieron el caso, y la en-



viaron con sus hijos al convento de Magdalenas de Valencia. Pero en cierta ocasión la mujer fue sorprendida cantándole una nana al niño en caló, y se le sentenció inmediatamente a perder la lengua. Cuando la mujer se rebeló contra los jueces se dispuso para ella la horca, y el niño quedó en la calle. Sus hermanos habían muerto años atrás de fiebres, de manera que él solico se anduvo todo el camino hasta Cartagena.

La plaza de las Verduras era el lugar más fétido de la ciudad, al ser también el más atestado de gentes de todo tipo. Los días de mercado prácticamente no se podía transitar, pues se abarrotaba de tenderetes, carretas y puestos donde se vendía todo lo que uno se pudiese imaginar. Desde la calle Bodegones bajaban los efluvios vánicos de una docena de tabernas y figones, que venían a juntarse con el hedor a pescado procedente de La Reja, el lugar donde se distribuía el género del mar. El suelo estaba untado con la pasta podrida de la fruta que caía de los puestos, y se amalgamaba con las bostas de los caballos y el riachuelo de sangre que descendía desde las carnicerías.

El lugar era repugnante, pero no parecía importarles a los cientos de comerciantes, compradores, trajinantes y tenderos que pululaban como moscas en busca de los mejores negocios. El escándalo de las caballerías se mezclaba con el repique metálico de las pesas de romana y los golpes secos de cuchillo que segaban carne y pescado por igual. Ricardo no estaba acostumbrado a tan ensordecedor ruido, y en un par de ocasiones tuvo que taparse los oídos para pasar por las zonas más transitadas.

El chiquillo desapareció entre las piernas de la multitud en busca de algo que le pudiese servir para comer. La mayor parte del suelo estaba cubierta por mil sustancias que trató de no reconocer, pero tras un rato escudriñando pudo encontrar un par de alcaciles floreados. Los recogió con cuidado para observarlos con atención. Estaban limpios. Contento, siguió bus-

cando hasta que dio con medio centenar de caracolillos que se arrastraban sobre la gravilla, de esos que en Cartagena llamaban serranas. Una caracolera de esparto se había desgarrado, y los animalicos huían sin que el vendedor siquiera se hubiese dado cuenta. Ricardo, sin armar mucha bulla, fue introduciéndolos uno a uno en los faldones de su camisa.

Un par de icues se le acercaron por detrás y lo golpearon afectuosamente en el hombro. Llevaban sendas hogazas de pan requemado, que una panadera les había regalado sin que se enterasen las autoridades del mercado.

—¡Vaya con la suerte del nuevo! —dijo el más mayor de ellos, con la sonrisa holgada—. Creo que con esas serranas y este limón podremos preparar esos alcaciles en agrura, *acho*. ¡Anda que no vamos a comer bien hoy!

—Algo caliente, por fin —exclamó el otro zagal, algo más retaco y ceñudo—. Creo que hace semanas que no comemos un guiso decente.

—Tranquilo, que hoy echamos algo de condumio al caldo. Dale las gracias al nuevo, anda —dijo el mayor.

—Me llamo Ricardo —señaló el niño—. Ricardo Sancho.

—Algo así nos dijo Cristóbal —respondió el mayor, mientras extendía la mano—. Yo soy Rafael. Y este de aquí es mi hermano, Juanito.

Ricardo no pudo darle la mano al zagal, por miedo a que escapasen de nuevo los caracoles. Incluyó la cabeza.

—Te tengo dicho que no me llames así, imbécil —protestó el pequeño de los hermanos.

Los jóvenes tenían la piel enrojecida por el sol, y unas oscuras cabelleras encrespadas. Su *mare* había sido pescadora en el Mar Menor, de manera que Juanito y Rafael sabían desde críos diferenciar un chirrete, un chucleto y un abichón y cuál de ellos era mejor para capturar anguilas. Sabían echar la tarrafa y tejer la nansa, y también cocinar la palaya de diez formas diferentes. Pero el Mar ya no era lo que solía ser, y tanta

ordenanza se fue juntando con varios períodos de flaqueza. Tan arruinados estaban que tuvieron que malvender la mayoría de sus artes y barcas y dedicarse a una pequeña huerta tomatera que sus tíos tenían en La Manga. Su *mare* murió de fiebres tercianas cuando Juanito tenía seis años y Rafael, siete. De eso ya hacía tres años.

—Tú mira lo que he pillado yo, *acho* —dijo Rafael, entusiasmado.

El icue enseñó un manojo de tres cebollas chuchurrías y con moho. Juanito y Ricardo se quedaron mirando lo poco apetecible de su aspecto, y Rafael se dio cuenta.

—Bah, no os agobiéis, que el enrobinado lo quito a cuchillo y aprovechamos lo que haya de bueno dentro.

La mañana fue bastante tranquila, pese a todo. El resto de icues había conseguido un par de libras de carne seca de puerco, otra de mojama de atún y un tonel lleno con verduras de todo tipo: tomates, berenjenas, ajos porros, una coliflor agusanada, pimientos de bolica y un racimo de dátiles todavía verdes. Con los panes requemados, las verduras y las serranas podrían estar satisfechos para toda la semana.

Cuando llegaron a la balandra guardaron todo en cajones o en recipientes con agua de mar, y fueron a saludar a Genista, quien no había salido con ellos. La zagala seguía sin pronunciar palabra desde la noche anterior. Le mostraron lo que habían adquirido en el mercado, pero tras un gesto de indiferencia se apartó a un lado para echarse sobre una almohada.

Rafael y Juanito prepararon el guiso prometido, y Ricardo agradeció por fin comer un alimento que le calentara tanto las tripas como el espíritu. Los niños comieron con igual deleite, remojando el chusco de pan en el caldo. Cristóbal se levantó para llevarle un cuenco también a Genista, que comió apartada del resto. La niña había lavado su vestido en la fuente de San Sebastián, pero seguía roto por varias partes tras el encuentro con los hombres.